



Corres
ponden
cia

María Zambrano a Sergio Pitó

Roma, 5 de noviembre de 1962

Mi buen amigo Sergio:

Mucho me he alegrado al saber de usted. Pues que según Ara me dijo iba a venir el quince de septiembre y nos quedamos así, sin saber, en una mar de conjeturas. Me ha alegrado también el saberlo en una actividad intelectual de su gusto, y en un país tan interesante, del que podrá extraer mucho conocimiento y experiencia. Y si aprende el chino, qué maravilla. ¿Siguen escribiendo con los antiguos signos? Ya sé que existen diversos lenguajes,

como es natural en una civilización tan compleja, tan antigua, tan misteriosa. No descuide la China antigua. Existirán museos maravillosos, me imagino. Palacios, lugares, aun para entender bien lo de hoy. Pues en las revoluciones no se instala nunca nada, sino en un alma, en una tradición, en un modo de ver la vida y de sentirla. Y aun nuestro Occidente, por así decir, se le aparecerá a usted más netamente dibujado, como sucede en la distancia, y desde el lugar de máximo contraste en este caso. Y en fin, creo que da usted una prueba de valor moral y de deseo, de voluntad, al aceptar esta lejanía. Es una prueba de profunda seriedad, esa que, a través de su imperturbable alegría, se le transparentaba siempre. Y quizás los inevitables momentos que llegan de angustia, depresión, desánimo, sean más fácilmente superados que en otros lugares, menos intensos y más afines; pues que en éstos los enigmas se descifran tan pronto y la monotonía es tan grande, que ha de sacárselo todo uno de sus propias entrañas. Ya me entiende.

Infinitamente le agradezco las pruebas de amistad que usted nos da. Siempre el rebrotar de la amistad me sorprende, como la primavera de todos los años. No puedo lamentarme de mis amigos, aunque no todos sean iguales, ni como amigos ni como seres. Pero ello no quita el que me conmueva la presencia y asistencia de uno tan bueno como usted. El bien y la amistad es una de sus pruebas, nunca me parece una cosa obvia ni con la que haya que contar matemáticamente. Es la flor, es la alegría. ¿Se acuerda de que lo bauticé "Rafael" en recuerdo del Ángel que vino por Tobías para conducirlo al viaje que debía de hacer? Ahora se ha conducido usted a sí mismo, y desde tan lejos no nos olvida.

Que pronto lo veamos, si como dice existe la posibilidad de hacer un breve viaje. Y que su estancia allí sea más que buena, maravillosa, como usted merece. Pero creo que usted atrae lo maravilloso.

No he podido ir a ver la Exposición Mexicana. En París la quitaron cuando llegué. Vi a Octavio Paz que se retiraba para la India como embajador, y nos encontramos tan amigos como en los mejores tiempos. Lo encontré, alucinatoriamente para mí, viviendo en casa de su mujer y de su hija. Y creo que si ella hubiese querido... Lo que conocí de la literatura de Elena es muy bueno. Y mi trabajo en Royaumont salió muy bien y después lo he seguido y es una parte importante de mi libro. Lo mandé a un concurso y creo que no lo premiaron. De la editorial de México no he recibido

nada, nada. El libro de la Universidad parece saldrá en ella. Juan Soriano viene ahora y Diego llegó en junio. Sólo usted nos falta. De S. F. nada he vuelto a saber. Lo imagino muy ocupado.

Estoy leyendo *El universo de Quetzalcóatl* de Laurette Séjourné. Es un libro extraordinario. Un abrazo y mi amistad de siempre.

María Zambrano

* * *

La Piéce, 25 de septiembre de 1968

Crozet-par-Gex. Ain

Mi buen y querido amigo Sergio:

No resulta fácil de explicar una tan larga demora en contestar a su carta. Y sin embargo, usted mismo podrá fácilmente explicárselo o más bien, no tener ni tan siquiera necesidad de ello. Muchas veces he estado a punto de escribirle y aun lo he hecho *in mente*, y también ha de comprender usted ahora por qué ahora, precisamente ahora, encuentro ánimo para salir de este marasmo que me ha invadido desde hace meses —además de todo lo demás— y enviarle estas líneas que no son otra cosa que un saludo, un apretón de manos, un abrazo en el que va un augurio para que el destino histórico vele del modo mejor sobre su París. Y sobre Hispanoamérica. Y sobre esta Europa. ¡Qué revuelto y confuso anda todo! Ya no logro ver claro en ninguno de los acontecimientos que sacuden a este planeta. De toda la inacabable meditación que sobre la historia he mantenido casi toda mi vida, ningún rayo de claridad me llega que pueda guiarme en este laberinto. Pues que en otras épocas de la historia, alguna paradoja prodigiosamente se imponía. Y siempre, creo que haya sido una paradoja. Mas ahora ya no la discernimos. Veo que todo es agitado de continuo y que todo se torna en algo que ni siquiera es su contrario. Y a veces siento que el tiempo se ha detenido. Sólo algunas reacciones morales en el campo de lo llamado social-político me ha dado aliento. Sí, es posible que se haya producido algún hecho nuevo. Claro que, como bien sabe, sólo el fundamento moral y de la convivencia humana me importa,

fundamento digo... en fin: sólo quiero y he querido que la existencia del hombre se haga posible en este lugar del universo, en toda su dignidad y sin menoscabo. Que el pan y la luz son, deben ser para todos, como creo haber escrito de tantas maneras. Ni la luz sin pan, ni el pan en las tinieblas. ¡Qué fácil decirlo...! Y ya se dijo, con el Padre Nuestro bastaría. Ara no está bien. Esa depresión nerviosa se alarga, se alarga. Y el invierno nos cogerá aquí con sus rigores y lo que quizás sea peor, sin ganas de irnos a ninguna parte. De todos lados me llega, cuando recibo carta, el mismo lamento más o menos acallado o declarado por la soledad. En todas partes, por lo visto, se está solo. ¿No piensa usted venir nunca por aquí? A veces Ara y yo hemos comentado con pena el que no esté usted como traductor en alguna de estas organizaciones internacionales sitas en Ginebra. Mas ya sabemos que eso no lo atrae lo más mínimo.

Díganos de usted y de su vida. ¿Escribe alguna novela o relato? He leído hace poco *Cien años de soledad* de García Márquez y me ha gustado enormemente —y me acordaba de usted leyéndolo—. Y antes *Paradiso* de mi amigo Lezama Lima, que salvo algunas sombras —quizás inevitable que las haya en un paraíso terrestre— me ha parecido algo muy cerca de una obra maestra.

No he leído nada de Vargas Llosa todavía. Como ve es la novelística hispanoamericana la que pica más alto y más hondo y más logrado en el ámbito de nuestro idioma. En España se hace de todo poco y el nivel intelectual de las nuevas generaciones parece ser cada día más lamentable y más irremediable. No leen y juzgan con menosprecio llenos de ignorancia jactanciosa y de hostilidad a todo lo que valió o pueda valer. Hay excepciones, claro. Pero están fuera de España desde hace años.

Por cierto que nada supe —tampoco escribí— acerca de *Filosofía y poesía* y me han llegado rumores de que la Editorial Veracruzana ha quebrado. De ser así, quedarían, creo, para mi uso, los derechos de *El sueño creador* y de *Filosofía y poesía*. Mas querría estar cierta antes de disponer de ellos. No quiero cometer ninguna incorrección.

Contésteme prontito para quitarnos a Ara y a mí esta tristísima impresión de que se nos ha perdido y ¡por mi causa!

Un abrazo de Ara y mi amistad de siempre,

María

* * *

Madrid, 19 de mayo de 1988

D. Sergio Pitol
Karlovo Nam. 17
Praga, 2
Checoslovaquia

Amigo Sergio Pitol:

Yo no sé ahora, ni puedo pretenderlo, a través de cuántas negociaciones, afirmaciones, presencias, imposibilidades...; lo importante, lo decisivo, Sergio Pitol, de ascendencia italiana —lo cual te daba, creo, un carácter encantador—, es que me escribes esta carta. ¿Te acuerdas de aquella separación interminable para que mi hermana fuera desde Roma a México, de Serafina, de la despedida en Nápoles, de vuestra llegada a Nueva York, desde donde mi hermana no podía llegar a México porque no tenía visado? Tú no lo necesitabas porque eres, y en verdad, mexicano. Recordé tu libro *Infierno de todos*; me lo creía aplicable a mi piso de Roma. Tú me dijiste que no, porque había luz. Pero después, cuando mi hermana murió, creo que Juan Soriano me veía deshermanada, o que tú me veías así y no podías verme. Pero Juan Soriano me vio, en Roma. Y no sigo, porque me *enlabyrintho*, cosa a la que no temo. Mi único temor, a mis años —que no quiero escribírtelos—, sigue siendo a los infiernos de la luz.

Te quiero contestar en seguida para decirte, Sergio Pitol, que te quiero, que mi dirección en Madrid ya veo que la sabes, puesto que tu carta me ha llegado, y que mi número de teléfono, tras un cambio habido en él, es 532 89 74. Espero que me llames, que algún día subas a ésta mi habitación, donde vivo sola, con unos parientes (siempre del lado de mi madre). Ellos, primos hermanos castellanos; y ella —Dios la bendiga— de Montevideo. Ven a verme, Sergio, deshaz tu timidez. Soy la misma, pero yo diría que un poquito mejor, aunque no sé si esto te atrae pero, como me conoces, sabes que no puedo decir sino algo verdadero, que salga de mis adentros. Qué hermosa tu carta, cuánta belleza. A mi teléfono me puedes

llamar desde dondequiera que estés. Y para subir a mi casa tienes que llamar a un timbre y se te contestará desde arriba. Yo no puedo escribir; tengo que dictar. Sigo fumando, aunque no debiera. Mis balcones no dan vistas a nada. Un paisaje urbano, quizá burgués, cerca del Retiro, donde yo debiera ir a pasear pero no voy.

Y nada más, Sergio Pitol, eres la misma maravilla de siempre; y si has publicado algo, envíamelo, en espera de que yo encuentre a alguien que me lo lea. Araceli te quería de corazón, hasta creyó que podrías vivir con nosotras. Murió hace tiempo, en el setenta y dos. Ella sigue allá, en el Jura francés, con una tumba cuidada y hasta alegre. De mi mente no se ha ido; vive y se alegrará de que vengas a verme. Adiós, hasta luego, o hasta cuando Dios quiera, pero que lo quiera. Tengo un poco de prisa, y ya no te puedo ofrecer mi morada para que vivas en ella, como entonces. Pero qué alegría, Sergio Pitol, de tu carta; qué profunda, verdadera alegría me has dado. Yo sé que en Praga ocurren prodigios, Sergio Pitol.

María Zambrano

Cortesía: Revista *La Nave*

